

Casullo, Nicolás (diciembre 2003). *Pensamiento y arte post-dictadura : La desertización cultural*. En: Encrucijadas, no. 24. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasibsi.uba.ar>>

Pensamiento y arte post-dictadura

La desertización cultural

Durante los primeros años de la redemocratización, se instaló una fuerte tensión memorialista en la cultura argentina. Las derrotas políticas, la tragedia terrorista, el anquilosamiento de la izquierda y la falta de imaginación general impidieron que intelectuales y artistas interpretaran la magnitud del giro que daría el país en los '90. Esa década impregnaría al campo cultural con una cierta barbarización y un antiintelectualismo canibal contra la crítica y las formas más sofisticadas de pensamiento. La intervención del menemismo puede sintetizarse en megalibrerías, masivos espectáculos públicos y visitas de estrellas del pensamiento mundial. Durante diciembre de 2001, el amplio campo de la cultura nacional terminaría por enfrentarse al espejo de su falta de ética, valores, identidad e inteligencia. Y saldría del trance enriquecido y reconectado con su capacidad de resistencia.

Nicolás Casullo

Profesor e investigador de la UBA y de la Universidad de Quilmes, ensayista, novelista, director de la revista "Pensamiento de los Confines".

Sería por demás aventurado, cuando no arbitrario, construir una lectura del campo cultural argentino más dinámico y preponderante en tendencias, posicionamientos y con permanentes posibilidades comunicativas hacia zonas de la sociedad. Sin embargo, encarar un tema así obliga a esa situación temeraria y forzada de encontrar el hilo de Ariadna que explique las distintas encrucijadas de su transcurso contemporáneo. Teorizar culturalmente sobre la cultura es en primer término una tensión que nunca se deja leer cabalmente en cuanto a qué se hace realmente en ese preciso momento y con tal dupla sujeto-objeto-sujeto. Donde al investigar el mundo investigo mi casa. Por una parte, bajo la noción de cultura se estira el presente hasta límites inapropiados, por lo cual todo aquello que sucedió desde fines del '83 hasta nuestros días es un acontecer que todavía acontece, una actualidad abusiva, una figura siempre inconclusa y absuelta de caer en los museos de la historia.

Por otra parte, todo lo contrario. El abordaje cultural de la cultura, de ideas sobre ideas, de historias intelectuales sobre otras, de mundos simbólicos atropellándose unos contra otros como en el andén de un subte con gente que entra y sale de los vagones, precipita a la vez en un gesto inverso a aquel presente infinito. Digo, concluye en un ademán posmoderno en boga de preterizar constantemente todo presente: de llevarlo a pasado analizable al día siguiente de ocurrido. De museificarlo, tal vez por un exceso de teoría académica, por el propio redimensionamiento de lo cultural como necesidad frente a una política en lapidaria crisis. O como una forma narrativa de indicar, sin decirlo expresamente, que lo que reapareció enfáticamente en el campo de las relaciones culturales es el predominio de la estética. De un ligare sensible con el mundo, en tanto subjetividad social que hoy se despreocupa en gran parte de la confianza en la historia. De la confianza en aquella legendaria conciencia histórica. Y tiende más bien a deslizarse en el libre discernimiento, en la falta o ausencia de sentido sobre aquello que suele preguntarse el campo cultural y sus estelas, vía obra, arte, universidad, suplemento cultural, coloquio, o en la soledad de mirar un árbol.

Siguiendo las manías de los románticos alemanes (el poeta Jean Paul pensaba que la novedad era que el mundo ahora había pasado a estar cada vez más lleno/vacío), supongamos que la historia más lejana, huidiza y difícil de atrapar por nuestro conocimiento o alma –desde el XVIII en adelante– resulta ser lo actual. La inhallable representación que dé cuenta de las representaciones fácticas y huidizas que caen y se levantan delante de nuestros propios ojos. En Argentina, lo que puso en evidencia la post-dictadura fue que un país cultural-político cuya biografía enredaba sus lianas desde el '20 al '60 había concluido entre armas, terrores, exilios, muertos sin tumbas y hundimiento de una escena histórica moderna pensada y calculada, que se había autopercebido –toda ella– bajo el equinoccio de resistencia y vanguardia. De esto no voy a hablar.

La democracia recobrada en el '83 no trajo un utopismo cultural a la manera de las radiaciones sesenteras donde se pensaban cumplir mandatos de principio de siglo, sino acontecimientos que impactan fuerte en la atmósfera del campo de la cultura, y en la relación de éste con la cultura toda. Y en este juego de vectores que chocan, entrechocan y confunde extraigo tres actores: la política, lo massmediático, lo intelectual específico en su más amplio significado (reflexivo-artístico).

Primero sucedió un imprevisto para la “bisoña” estirpe argentina moderna: necesidad de situarse en la memoria explícita. En la memoria de la muerte trágica del exterminio. De ahí la década prohió una cultura del juicio en sus diversos significados: sobre una equívoca condena a demonios, sobre una república perdida, idea que impactó a una generación joven urbana con la misma capacidad instrumental y falsificadora de otras miradas sobre el pasado. El juicio expuso y escamoteó el pasado en ambos casos, y sobre tal fallido se quiso enderezar la cultura.

El otro dato subterráneo: la furibunda crisis del peronismo también en aquellos planos que habían reunido política e intelecto, ideas y objetivos. Imposibilidad de reponer en la cultura, en la comunicación masiva, de legitimar desde ahí hacia la sociedad su antigua cifra muerta de identidad nacional y de justicia social. Por último, el reinado de los nuevos credos socialdemócratas, por ese entonces en oferta en Occidente, sobre gobernabilidad, sobre modelos contractuales, sobre ciudadanía y consenso, que aconsejaban olvidar al extremista Rousseau y su mítico pueblo soberano, y releer en cambio al Hobbes de los miedos sociales y el contrato serenante. Se había pasado de lo social a lo político. Y de lo político a su rotunda y utopizada autonomía. Y de tal autonomía a una ingeniería republicana hiperinstitucional, y también a un pragmatismo que se fue acentuando y coronó con Menem.

Tal cultura no tuvo conciencia de que estaba en las puertas de un giro de magnitud epocal que tendría lugar en los '90. Las propias derrotas, los años oscuros del terror, las limitaciones autocríticas, la petrificación de las izquierdas reprimidas durante una década occidental clave en sus balances (1975-83), las posteriores líricas radicales supuradoras de una virtud más bien hedionda y vetusta, y la falta de imaginación general pusieron de manifiesto que sobre todo fue una década asentada sobre una obsesión: lo desaparecido. Que no sólo fueron miles de cuerpos, sino mayúsculas correas de trasmisión identitarias, ideológicas, culturales, literarias y estéticas que no fueron suplantadas sino más bien abandonadas al sol y la lluvia oxidante. Como si el enjuiciamiento –como clave hegemónica de un tiempo cultural– destinase más que a un pensamiento crítico reinaugurante de preguntas, sólo a figuras tribunalicias, denunciastas, fiscalizatorias cada vez más distorsionadas y simuladas.

De ahí saldría ya para los '90 la cultura del amarillismo periodístico como manera predominante de leer la política ante la virtual ausencia de crítica política. También cierta barbarización massmediática con sus distintas formas de canibalismo contra la reflexión, contra el pensar a contrapelo, contra la explicación más sutil y dificultosa. Es decir, el ejercicio ya espectral de un populismo argentino profundamente enquistado, pero ahora inscriptos en cualquier programación televisiva, radial o gráfica gestadora de variadas formas de audiencias qualunquistas en el mítico nombre de "la gente" y sus deseos. A la vez, un mercado cultural donde el intelectual fue tejiendo no una alternativa, no una teoría nacional o malestar radical con la cultura, sino la expansión de su narciso en el reflejo del pequeño charco del mercado cultural con sus distribuidoras y recolectoras. En los casilleros preestablecidos por las empresas comerciales e instituciones afines, la faena intelectual descubrió la importancia de transformarse en operatoria final de prestigio de cualquier producto problemático u objeto de época que entrase a escena, los cuales pasaron a contar con su presencia "aportadora".

Ya es dable de situar en todo esto, como puede olfatearse, el extenso tiempo del gobierno peronista bajo la égida de Carlos Menem. Su etapa fundó la cultura del fin de la política como mínimo proyecto. Fue el tiempo de un inaudito vaciamiento-reposición cultural en todos los estamentos, que también se verificó en la menemización del campo de la cultura: contagio amplio e inversamente proporcional a los denuestos que desde dicho campo se hicieron contra Menem en términos de meros contenidos. "Modernizaciones", megalibrerías, buenos pagos a colaboradores, invitaciones de astros pensantes al país, eventos, "excelencias" académicas, gerenciamientos culturales, simulacros que ayudaron a engendrar la nueva política progresista bajo la lógica massmediática que acompañó su acierto de denostar a una izquierda anquilosada con el patetismo de su entusiasta voto a la Alianza, caja simbólica donde se resumió el camino de dos décadas culturales en el sentido de una falsa conciencia portadora de virus.

Más tarde, la debacle nacional de diciembre de 2001 encontró un campo donde muchos intelectuales neomísticos, políticos distraídos y comunicadores excitados imaginaron el fin y el principio, la ida de todos y el ingreso de lo inédito. La noche de los tiempos y la paurisía dorada. La revolución en tres meses sin toma del poder y con la velocidad de una programación de TV para el verano. O, de alguna manera más modesta, algunos pensaron que había llegado el tiempo del cementerio de mucho de lo que constituía ese presente democrático como mundo histórico. Mundo que si en algo mostraba sus llagas era en el campo social de las múltiples e inéditas miserias, y en el inmenso campo de una cultura nacional desfondada en valores, creencias, éticas, conductas, creaciones, confianzas, ideales, respetos, inteligencia, ponderaciones, diálogos, fraternidades, recuerdos, identidades, amores, orgullos y sabidurías. Fue el tiempo de la cultura como el rostro en el espejo. Una nueva tensión nacía muy de a poco: cultura como capacidad de resistencia, y no como vehiculización de las distintas formas que tienen esas muertes a la cuales se sobrevive.